

había un puente de piedra, de un solo arco, de estilo árabe, muy viejo, pero completo y fuerte aún, excepción hecha de algunos ligerísimos desperfectos; y junto á éste los estribos de otro puente, apoyados en la orilla alta y peñascosa, parte amontonados en el fondo del lecho del río. En la orilla izquierda, á unos cincuenta pasos del puente, veíase una extensa muralla derrumbada, algunos restos de cimiento, varios sillares y una que otra piedra labrada, que al parecer había pertenecido á un edificio importante. En derredor la campiña estaba completamente desierta. Nos dijeron que aquellos eran los restos de una ciudad árabe arruinada, llamada Mduma, levantada sobre las ruinas de otra ciudad anterior á la invasión musulmana. En vista de esto consagramonos á investigar, con el objeto de ver si entre las ruinas descubríamos algún resto de construcción romana; pero nada encontramos, con gran satisfacción de los árabes, que indudablemente presumían que descansando en la fe de nuestros libros diabólicos, buscábamos algún tesoro que allí dejaron los *Rumli* (romanos), de los cuales, en su sentir, son todos los cristianos descendientes directos. Sin embargo, el capitán Bocard, al repasar el puente para volver al campamento, distinguió en la parte baja del río, sobre la punta de un enorme sillar de forma casi piramidal, algunas pequeñas piedras cuadradas, sobre las cuales se veían huellas, al parecer, de caracteres abiertos en las mismas; dando mayor fuerza á la suposición, la circunstancia del lugar en que precisamente se hallaban, pues no parecía sino que se habían puesto en el mismo, con toda intención, para que más fácilmente fuesen vistas. El capitán nos manifestó su propósito de examinarlo detenidamente; pero procuramos disuadirlo de su intento, teniendo en cuenta que las orillas eran muy escabrosas, el fondo completamente lleno de

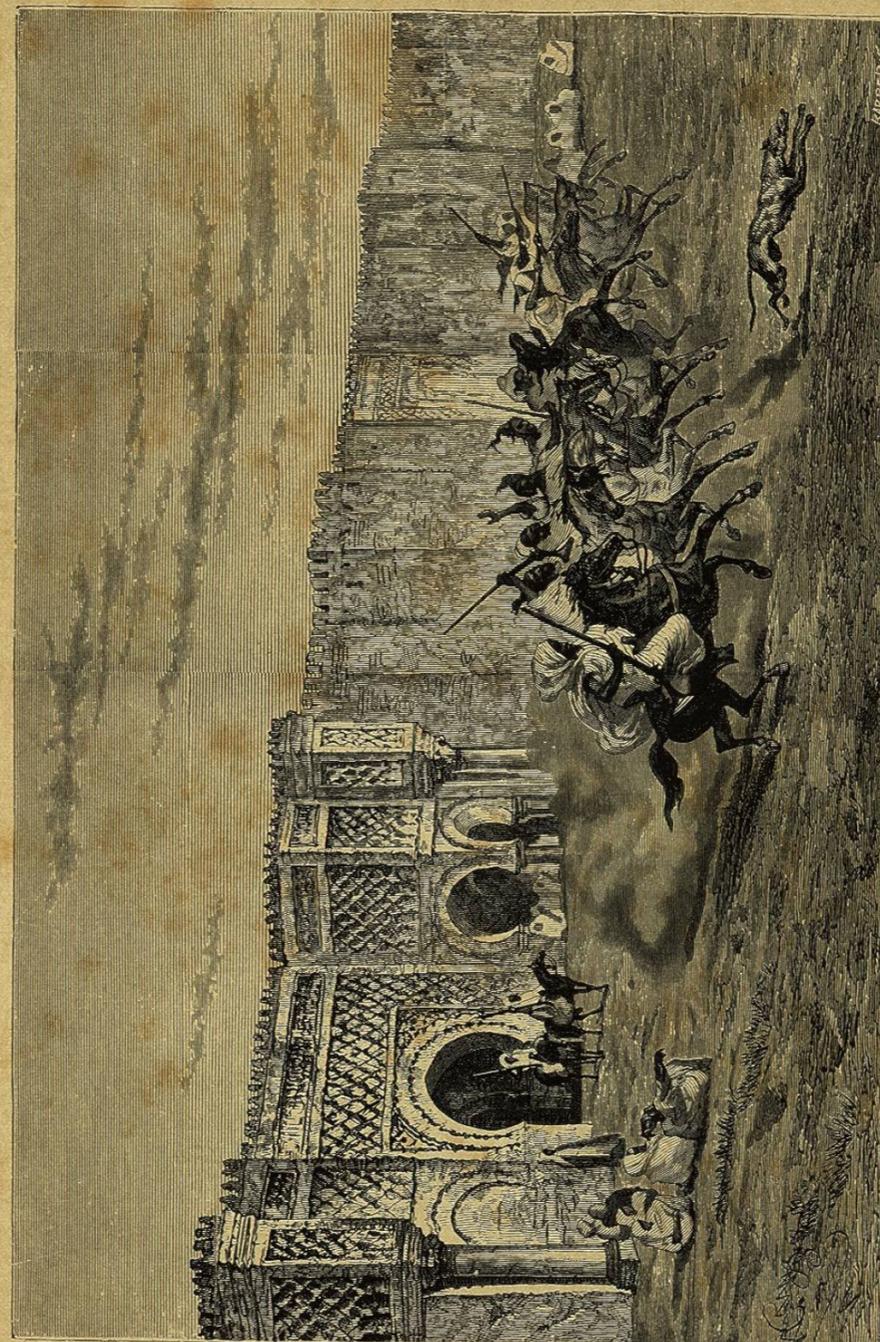
cantos y pedruscos muy agudos y separados entre sí, la corriente rápida, y el sillar sobre el cual se veían las piedras, al parecer grabadas, elevadísimo y de acceso ó imposible ó por demás peligroso. Pero el capitán Bocard es uno de aquellos caracteres que cuando se meten una idea en la cabeza, especialmente si ésta se refiere á una empresa arriesgada, la llevan á cabo, aun cuando deba ser á costa de su existencia. Aún sonaba en el aire el eco de nuestro no, cuando él estaba encaramándose por la orilla del río tal cual se hallaba, es decir, con las botas altas de montar y calzadas las espuelas. Contemplaban el espectáculo un centenar de árabes, parte apoyados en el pretil del puente, y en cuanto comprendieron lo que el capitán se proponía, tuvieron por tan desesperada la empresa, que sin ser parte á contenerlos nuestra presencia, echáronse á reír á mandíbula batiente. Más tarde, viéndole que se detenía en la orilla, mirando á uno y otro lado, en busca de paso, imaginando que le faltaba resolución, prorrumpieron en una carcajada más descaradamente sonora.

—Ninguno de nosotros, —dijo en alta voz uno de ellos, —ha logrado jamás alcanzar aquella altura, y se propone conseguirlo un nazareno.

Y en efecto, ninguno de los demás italianos que allí estábamos lo habría intentado siquiera; mas el que se lo había propuesto era casualmente el más ágil de los individuos de la embajada, y la burla de los árabes había sido un acicate para su amor propio. Dió un salto, desapareció en medio de los arbustos, reapareció erguido sobre un peñasco, volvió á ocultarse á nuestros ojos, y de esta suerte, de piedra en piedra, saltando como un gato, arrastrándose, encaramándose, corriendo diez veces el peligro de precipitarse en el río, ó de romperse la cabeza, llegó al pie del paredón, y sin tomar aliento,

agarrándose en todas las grietas y hendiduras llegó hasta el punto más elevado, donde se irguió como una estatua. Respiramos como si nos hubiesen librado de un peso enorme: los árabes estaban mudos de estupor; el honor de Italia se había salvado. El capitán, procediendo como noble vencedor, no dirigió siquiera una sola mirada á sus adversarios avergonzados, y en cuanto se hubo convencido de que las piedras que imaginara grabadas, no eran más que restos informes de argamasa del derruido pretil del puente, descendió por el lado opuesto, y en pocos saltos alcanzó la orilla, donde fué recibido con los honores del triunfo.

El espacio comprendido entre Mduma y Mequinez fué una serie no interrumpida de desengaños y esperanzas desvanecidas, debidas á ilusiones ópticas de tan singular efecto, que, sin el calor sofocante que sufrimos, habrían sido motivo de agradable diversión. En efecto, apenas nos habíamos separado unas dos horas del sitio en que acampáramos, cuando á lo lejos, en medio de una vastísima llanura completamente árida al parecer, vimos blanquear vagamente los alminares de Mequinez, causándonos grata satisfacción la idea de que no tardaríamos en llegar; mas, por desgracia para nosotros, aquella que nos había parecido dilatada llanura, no era más que una continuada sucesión de vallecillos paralelos, separados por suaves ondulaciones de terreno de idéntica elevación, que presentaban desde lejos el aspecto de una superficie desprovista de accidentes; de manera que caminando á través de la misma, la ciudad aparecía y desaparecía sucesivamente cual si jugara al escondite. Si á esto se añade que los valles ofrecían una pendiente muy pronunciada, eran muy pedregosos, y sólo podían atravesarse por medio de senderos sinuosos y estrechos,



Palacio del gobernador de Mequinez

de manera que el camino que debíamos recorrer exigía doble tiempo del que á primera vista presumíamos, — resultando que la ciudad se alejaba, al parecer, al paso que adelantábamos, y al penetrar en cada nuevo valle el corazón se abría á la esperanza, y al llegar al fondo del mismo nos abandonábamos á la desesperación, — se comprenderá fácilmente que sólo se oyeran palabras de desconsuelo y suspiros de dolor, y airados propósitos de renunciar para siempre jamás á todo viaje al África, fueran los que se quisieran los fines y condiciones con que se llevara á cabo. Tal era la situación de los espíritus, cuando á deshora, y después de haber atravesado un bosque de olivos silvestres, nos encontramos como quien dice de manos á boca con la ciudad suspirada, suceso que bastó para que todos los lamentos se trocaran en exclamaciones de agradable sorpresa.

Mequinez, tendida sobre una ancha colina, rodeada de jardines, ceñida por un triple cinturón de murallas almenadas, coronada de palmeras y alminares, alegre y majestuosa como un arrabal de Constantinopla, ofrecíase completamente á nuestras miradas, con sus mil blancas azoteas destacándose sobre el fondo azul del firmamento. Y sin embargo, ¡cosa extraña! de aquella muchedumbre inmensa de casas no brotaba el más tenue penacho de humo; ni en aquellas murallas se distinguía ser viviente alguno; ni de aquella extensa población salía el más ligero rumor: dijérase que era una ciudad deshabitada ó una inmensa decoración teatral.

Levantada brevemente la tienda-comedor en medio de un campo desnudo de toda vegetación, á distancia como de doscientos pasos de una de las quince puertas de la ciudad,